

¡VIVA LA OPORTUNIDAD!

Reportaje al Director Ejecutivo de Ceres, Dr. Ernesto Talvi, publicado en el suplemento Fin de Semana del diario El Observador el 30 de octubre de 1999

Ernesto Talvi se asoma cada tanto desde su atalaya en Ceres y de economista deviene en francotirador de ideas y propuestas; quiere matar las nostalgias del país de Maracaná.

La explicación de lo inexplicable no es una tarea exclusiva de los filósofos, los teólogos, los hermeneutas o los astrólogos. Cada tanto se cuelan un economista que quiere hacer hablar a los números el lenguaje de la historia y, por qué no, de la Política, la que lleva mayúscula.

El país de Maracaná, aquel de las empresas siempre salvadas, del empleo estable, del estancamiento y del fútbol glorioso murió por lo menos hace 15 años tras la dolorosa agonía. Pero queda la nostalgia, dice Ernesto Talvi. Es la nostalgia de aquellas certezas grises que se alimenta de la angustia de la incertidumbre presente y que no puede ver que comenzó el tiempo de las oportunidades.

P: ¿Qué es lo que usted llama cultura de la nostalgia por Maracaná?

ET: La nostalgia de Maracaná es esa suerte de espejismo de un pasado cargado de glorias que contrasta con un presente sin glorias futbolísticas. A Uruguay en términos futbolísticos le ha ido bastante mal a nivel internacional desde 1950 hasta 1974 y en ese año, cuando aún aspirábamos a un título mundial, tuvimos un baño de realidad.

Pero a diferencia de lo que le ocurrió al fútbol, al país le ha ido muy, muy bien. Desde 1985 a la fecha le fue muchísimo mejor de lo que le fue al país del Maracaná. El Uruguay de 1950 al 1974 fue un país estancado, un país gris, sin oportunidades, en el que hubo una decadencia económica, social y eventualmente política muy fuerte. Pero el país posterior a 1985 es un país bastante dinámico, pujante, en crecimiento. En el país de Maracaná el ingreso por habitante cayó a una tasa de crecimiento de 0,1%.

Después de 1985 tuvimos un crecimiento sostenido del 3,5% anual, un porcentaje que implica que la prosperidad material se duplica cada 20 años, lo que es un resultado extraordinario. Por eso yo catalogo a las reformas económicas del Uruguay como un gran éxito. Si entre el 55 y el 74 Uruguay hubiera crecido al 3,5% por año como lo hace ahora hoy tendría el ingreso per cápita de España. Este es el verdadero costo de que el país se haya estancado por 20 años.

P: Pese a ese crecimiento que usted señala, el descontento de mucha gente es grande porque no está satisfecha con su nivel de ingreso y de consumo. Las encuestas han reflejado la posibilidad de un cambio político significativo y que van en sentido contrario a los modelos que se han llevado adelante desde 1985 para acá. ¿Cómo lo explica?

ET: Hay un aspecto coyuntural: este es un año malísimo para América Latina. El precio de nuestros productos de exportación cayó 30%, el acceso a los créditos se endureció después de la crisis en Rusia de una manera muy sustantiva y, en parte, esa falta de acceso al crédito fue lo que propició la devaluación en Brasil, que generó ondas expansivas en toda América Latina. En América Latina con respecto al 97 se ha desacelerado el crecimiento en todos los países, salvo México y Perú. Nosotros no podemos aislarnos de ese fenómeno.

Es obvio, por tanto, que si pasamos por un año con problemas la gente no se siente satisfecha, pero yo creo que hay una cuestión más estructural.

P: ¿Cuál?

ET: La pregunta es por qué la gente se siente disconforme y con una cierta nostalgia de aquella sociedad de Maracaná, que era una sociedad, en mi opinión, infinitamente inferior a la que tenemos en la actualidad. Creo que hay tres hipótesis factibles: una que sea la nostalgia de una prosperidad perdida, lo que va en contra de todo lo que se puede comprobar objetivamente. No puede ser eso, porque todos los indicadores objetivos de progreso material son claros y contundentes en todos los sectores de la población.

La prosperidad de la sociedad actual es muy superior de aquella de la que sentimos nostalgia. Es más, el país ha crecido a un ritmo que no se veía desde 1890: no hay 15 años de crecimiento desde esa fecha como los que se produjeron desde el 85 hasta ahora. En todo caso podría haber la nostalgia de lo que el país pudo ser y no fue, porque de no habernos estancado en el país del Maracaná seríamos hoy España. Esa podría ser una explicación posible, ya que nuestros referentes son los países europeos, con los que tenemos afinidad cultural, y es con ellos que nos comparamos y la brecha entre ellos y nosotros se ha ampliado.

Como hipótesis también se puede decir que tenemos una sociedad más próspera pero menos solidaria, más injusta y fría. Es difícil ofrecer pruebas estadísticas sobre esta afirmación. Yo diría que es más individualista, pero no más injusta. Y la razón fundamental por la que hemos convergido hacia el individualismo es porque el crecimiento permite eso. Cuando un país crece y la torta se agranda, pueden mejorar el señor A y la señora B simultáneamente, en vez de mejorara uno a expensas del otro.

Todo el mundo puede tener un pedazo mayor de la torta y entonces ya la agrupación colectiva, el corporativismo como forma de apropiarse del pedazo de la torta deja de tener importancia y pasa a tener mayor importancia para una empresa su capacidad de gestión, los productos nuevos que ofrezca, la manera como accede a nuevos mercados. Ya el éxito de las empresas depende menos de agruparse colectivamente para obtener favores del Estado y el éxito de las personas depende mucho menos de las agrupaciones colectivas a las que pertenece y mucho más de su esfuerzo personal.

Al fin y al cabo la sociedad anterior daba un semblante de solidaridad porque la gente funcionaba en agrupaciones colectivas porque ésa era la forma óptima de funcionar en una sociedad completamente estancada, en la cual, para acceder a un pedazo mayor de la torta se presionaba al Estado por favores para el grupo, porque implicaba que alguien tenía que perder.

P: En términos de fuerza real puede observarse que los sindicatos han perdido peso, acatamiento, afiliaciones. ¿Es éste un fenómeno de la descorporativización? ¿Es porque la gente apuesta hoy a un progreso material por otras vías?

ET: Creo que el crecimiento, la cultura del crecimiento, es una cultura en la que el esfuerzo de empresas y personas tiene un peso mucho mayor que el agrupamiento en organizaciones colectivas que se disputan pedazos de una torta estancada. No creo que sea sólo la caída de la afiliación sindical, pero es una manifestación de esta nueva cultura del crecimiento y de la oportunidad que lentamente va emergiendo en el país. Sin embargo, todas las formas de agrupación colectiva están debilitándose frente al accionar individual. Esto se ve también en que las propias cámaras empresariales están perdiendo peso relativo, ya que las empresas hoy buscan abrirse camino por cuenta propia y no a través de las cámaras. También se aprecia en la militancia política, que ha ido atenuándose, como se ve en la juventud hoy.

P: Los partidos tuvieron un aspecto corporativo fuerte expresado en el clientelismo político, el reparto de cargos públicos, jubilaciones, etcétera. ¿Considera también que el partido político se ha debilitado porque ya no cumple tanto ese papel?

ET: Es que toda una concepción del Estado cambió. En el país de Maracaná el Estado era el distribuidor de las rentas, permeable a los intereses sectoriales. A través de esa permeabilidad se generó una red de regulaciones burocráticas que terminó por ahogar la inversión y el crecimiento. Pero ese modelo de país colapsó. Uruguay inició un proceso formidable de reformas que no sólo implicaron la vuelta a la ortodoxia fiscal y monetaria, la liberalización interna de los mercados, el fin del aislacionismo y la integración del mundo. También implicó

un cambio muy dramático en las reglas con que opera el Estado, en la concepción misma del Estado que ha pasado de ser distribuidor de rentas a ser solamente el que fija las reglas dentro de las cuales el sector privado puede operar de una manera previsible. Y este conjunto de reformas económicas ha posibilitado el crecimiento extraordinario que ha tenido el país en los últimos 15 años. Todavía la tarea no está terminada, pero estamos ahí, en la antesala del progreso.

Yo no tengo dudas de que el Uruguay, si se hacen las cosas mínimamente bien, va a capitalizar ese esfuerzo, porque el país está muy sano, muy fuerte y va a tener una perspectiva de progreso maravillosa en los próximos años.

P: Volviendo al tema de la nostalgia de Maracaná, usted sugirió recientemente que esa nostalgia estaba pasando el problema de la incertidumbre, porque ésta es una sociedad en la cual, a la vez que existen más oportunidades, existen menos certezas, especialmente en lo que tiene que ver con el empleo.

ET: Me he preguntado en qué pude ser que la gente sienta nostalgia y ofrezco una hipótesis: vivimos en una sociedad en la que hay oportunidades, en que las cosas cambian a un ritmo mucho más rápido y tiene una dinámica del cambio en la cual algunas actividades prosperan y florecen mientras que otras más tradicionales comienzan a comprimirse. El proceso de progreso no es puramente de creación; es un proceso de creación de nuevas cosas y de comprensión de viejas cosas y, a veces, de desaparición de viejas cosas.

Los países que no progresan son países cristalizados, no pasa nada nuevo ni desaparece ni se comprime nada viejo; son una fotografía y en este tipo de países las oportunidades son muy pocas, pero hay muchas certezas. En el país de Maracaná estaba la certeza de que si una empresa tenía problemas, el Estado le sacaba las castañas del fuego, lo que implicaba que no se perdían empleos y, por ende, uno tenía la certeza de que el Estado iba a amparar la empresa y por lo tanto nadie perdía el empleo.

Había certezas o una falsa sensación de certezas mientras duró, porque ese equilibrio colapsó, porque el estancamiento terminó por deteriorar las condiciones económicas esenciales de segmentos importantes de la población.

Hoy tenemos un país infinitamente mejor, en el que surgen nuevas oportunidades, pero donde algunas de esas certezas ya han desaparecido. Ahora ya no es tan claro que mi empleo sea de por vida. Es muy difícil decirle a una persona acostumbrada a aquella vieja certeza que su empleo no es tan seguro, pero que ahora hay muchas más oportunidades de que pueda conseguir otro.

Vivimos una situación en la que este cambio tan importante, enorme y favorable ha tenido como consecuencia esta pérdida de certezas, algo que le produjo gran angustia a esa generación acostumbrada a esas certezas.

P: En el país de tercios que sobrevendrá a las elecciones nacionales, ¿qué posibilidades políticas ve para que el futuro gobierno articule los acuerdos políticos que serían necesarios para llegar a reformas como las que propone Ceres?

ET: No sé cuál va a ser el resultado de las elecciones nacionales. Yo creo que en las condiciones políticas en que el país ha venido funcionando en los últimos cinco años es viable hacer muchas cosas que le den a los ciudadanos la tranquilidad de tener un país estable, sin excesos tributarios, sin nuevos ajustes y también un país que va a capitalizar lo construido en los últimos años para meterse en el sendero de la prosperidad.

Todo eso lo veo viable en un país de tercios políticos que reproduzca condiciones más o menos semejantes a las de los últimos cinco años. Este país ha estado a la vanguardia de muchos desafíos y ha estado a la altura de las circunstancias, haciendo cosas valientes.

Cabe preguntarse entonces ¿Por qué no va a estarlo en los próximos cinco años?